

Antoni Coll Gilabert

LOS CINCO PADRES DE EUROPA

La aventura de la unidad europea

Prólogo de
Jordi PUJOL I SOLEY

editorial
MILENIO
LLEIDA, 2008

© del texto: Antoni Coll Gilabert, 2008
© del prólogo: Jordi Pujol i Soley, 2008
© de esta edición: Editorial Milenio, 2010
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida
editorial@edmilenio.com
www.edmilenio.com

Primera edición digital (e-pub): mayo de 2010
ISBN: 978-84-9743-365-5

Esta edición corresponde a los contenidos
de la primera edición en formato papel de octubre de 2008

Prólogo

Este libro de Coll Gilabert merece un doble elogio. Ante todo, por su intención primera: reforzar la idea y el sentimiento europeos. Y luego por el resultado: es un buen libro. A la vez profundo e instructivo.

Me permito añadir una información a lo que Coll comenta de Jean Monnet y de la elaboración de las ideas y los proyectos que desencadenaron el proceso de unificación europea. En 1943 en Argel, Monnet hizo al general de Gaulle el siguiente planteamiento: “General, Alemania ya ha perdido la guerra. Ha perdido la iniciativa y la entrada en guerra y a fondo de los Estados Unidos y la imposibilidad de destruir al Ejército soviético desequilibran definitivamente la balanza. Por consiguiente debemos pensar en cómo organizar la paz.”

Monnet tenía en cuenta el mal precedente del Tratado de Paz de 1919, al final de la Primera Guerra Mundial. Fue una paz muy revanchista, con ánimo de humillar y de dejar muy postrados políticamente y sobre todo económicamente a los estados europeos vencidos. Hubo otros factores que lo propiciaron, pero sin duda esto, como bien advirtió Keynes ya en 1919, fue una causa muy importante de la mentalidad de

desquite que se desarrolló en Alemania. Y, por consiguiente, de la terrible Segunda Guerra Mundial.

El planteamiento de Monnet fue bien distinto. Proponía la incorporación de Alemania a un proyecto orientado a compartir con otros países europeos, y especialmente con Francia, materias primeras (carbón, y acero, sobre todo) y sobre esto elaborar una política económica común y supranacional.

Con ello se podía aspirar a superar los enfrentamientos seculares entre Francia y Alemania, asegurar la paz y crear las bases de un gran progreso económico. Que es lo que realmente sucedió.

No sin dificultades. Algunos sectores del bando vencedor de la guerra persistían en su idea de trocear Alemania, de reducirla a un país agrario o de amputarlo severamente. Sectores que comprendían, en formas y grados distintos, desde algunos dirigentes de los Estados Unidos, encabezados por un personaje entonces muy influyente que era Morgenthau; incluso en algunos momentos el propio presidente Roosevelt, hasta la Unión Soviética, pasando por el general de Gaulle. Pero finalmente el criterio más constructivo de Monnet, de Churchill, del pensamiento político más europeísta como el de la democracia cristiana, los liberales y buena parte de los socialdemócratas inclinó la balanza en un sentido más positivo. Probablemente también ayudó la rapidez con que se desmoronó la alianza que durante la guerra se estableció entre la Unión Soviética y las democracias occidentales, la forma brutal como se establecieron regímenes

comunistas en toda la Europa oriental. Coll lo explica bien, y resalta la importancia de los grandes discursos de Churchill —el de la denuncia del “telón de acero” y el de la recomendación de que la Europa democrática se unificase.

Pero también jugaron los fundamentos morales y espirituales, y las convicciones democráticas y humanistas de la mejor tradición europea. No es casualidad que de los cinco llamados padres de Europa, tres —los de mayor relieve político— fueran no sólo democratacristianos sino cristianos muy sólidos. Monnet, como ya he dicho, jugó un papel decisivo, muy decisivo, pero no era un hombre políticamente muy caracterizado. En todo caso no era democratacristiano, aunque su proyecto lo sacó adelante colaborando sobre todo con Schuman, Adenauer y de Gasperi. Y Spaak, que era socialdemócrata, tuvo sin duda menor protagonismo aunque como representante no sólo de Bélgica sino del Benelux aportó a la idea inicial algo muy importante: un primer esbozo de cooperación internacional eficaz y prestigiosa.

En el libro, Coll subraya con razón el papel de las raíces cristianas de Europa. A lo que hay que añadir el pensamiento de la Ilustración del siglo XVIII. Y la filosofía social y política de los Derechos Humanos proclamados precisamente en 1948, dos años antes de la Declaración de Schuman que lanza el proceso de unificación. Es un error querer prescindir de esta realidad profunda del cristianismo europeo. No hay que ser cristiano para reivindicarlo. Un hombre del

gran prestigio intelectual de Steiner, judío, dice que en la base de Europa hay tres colinas: el Partenón, el Gólgota y el Capitolio. Luego se han añadido otros ingredientes, a menudo fruto del desarrollo intelectual y espiritual de estos tres primeros. En cualquier caso es justo y conveniente recordar cuáles han sido y son los fundamentos de Europa. Pues sin ellos Europa perderá fuerza y sentido de identidad. Perderá viabilidad.

* * *

Ya he dicho, y Coll lo explica bien, que el proyecto chocó con reticencias. En primer lugar la de un nacionalismo francés mal entendido, del que participaba De Gaulle. La de los comunistas, entonces muy fuertes. Y la de parte de la izquierda no comunista, especialmente en Italia y en Alemania. Concretamente el SPD (el Partido Socialdemócrata Alemán) que en cambio luego ha sido impulsor decidido de la unificación, se opuso durante varios años al proyecto. Y evidentemente la frialdad, en ciertos casos las maniobras de la Gran Bretaña. Churchill había preconizado la unificación europea pero luego los británicos dijeron que esto valía sólo para la Europa continental. Las Islas iban por otro camino.

En el libro hay un par de anécdotas que ponen de manifiesto actitudes muy profundas y convicciones muy sólidas. Concretamente el sentido del honor y el de la dignidad. Sin los cuales no se puede hacer una

buena política. Cuando a De Gaulle le preguntan qué va a defender en Londres cuando ya la resistencia francesa frente a los alemanes se está derrumbando aceleradamente, él —consciente de que la batalla militar está perdida— dice: “Simplemente el honor de Francia.” No rendirse para salvar lo único que se puede salvar: el honor. Que es lo que luego va a permitir la recuperación de Francia. Y respecto a Adenauer, Coll describe bien, con dos palabras, su objetivo primero: recuperar la dignidad alemana. Había que reconstruir carreteras y viviendas, estabilizar la moneda, relanzar la economía. Pero, además, después del nazismo y de Auschwitz había que restablecer la dignidad alemana. Honor y dignidad. Dos elementos básicos para que un país sea realmente un país. La unificación europea ha permitido, no sólo a Francia, y a Alemania, sino a toda Europa recuperar la autoestima y por supuesto la paz. Nunca lo agradeceremos bastante a quienes combinando pragmatismo y profetismo, competencia e idealismo y fe, iniciaron hace 58 años el camino de nuestra unidad.

Jordi PUJOL I SOLEY

El rapto de la princesa

Según la leyenda, el dios Zeus, disfrazado de toro, raptó a la princesa Europa. Se encontraba jugando, recogiendo flores con sus compañeras, cuando Zeus la vio y se enamoró de ella. Para seducirla se metamorfoseó en un precioso toro blanco que se acercó confundido con el ganado. Pero su bella blancura llamó la atención de las muchachas, tanto como su mansedumbre, porque incluso dejó que le ataran flores en los cuernos. Europa se envalentonó y montó sobre su lomo y entonces el toro emprendió una interminable carrera con la joven raptada. El padre de la joven, rey de Tiro, la buscó con desespero gritando su nombre a través de lugares que hoy se llaman Francia, Alemania, Italia y como la gente le oía gritar ¡Europa!, llamó de este modo al continente.

El rey también envió a sus hijos en su busca y Cadmo, uno de ellos, llegó a Delfos, donde preguntó al famoso oráculo dónde se encontraba su hermana.

—No la encontrarás —respondió el oráculo—, es mejor que busques una vaca, la sigas y la empujes sin dejarla descansar y allí donde caiga agotada construye una ciudad.

Cadmo así lo hizo y fundó Tebas.

La lección de Cadmo —según Denis de Rougemont— es que “buscar Europa es hacerla”.

Desde aquel lejano episodio mitológico hasta la reciente ampliación de la Unión Europea a 27, Europa es una búsqueda permanente, un ideal cierto pero inalcanzable, una realidad a la que nunca se puede poner punto final diciendo: “objetivo cumplido, ya está hecha.”

Quizá por este motivo proliferen los libros sobre Europa que la presentan como algo sin terminar: Zygmunt Bauman escribe *Una aventura inacabada*; Antonio Sánchez Gijón titula *Una tarea inacabada* Paul Henry Spaak, *Memorias sin terminar*.

Europa nunca ha tenido fronteras fijas y definitivas, no sólo porque las naciones se han disputado insaciables sus pueblos y ciudades, sus montañas y praderas, sino porque no es sólo un territorio, sino una idea, no es una superficie a la que se pueda poner vallas, sino un ideal y los sueños no admiten puertas ni cerrojos.

Después de descubrir pueblos lejanos, y repartíselos como un botín o una herencia, no acaba de descubrirse a sí misma, mientras que en justa correspondencia histórica, millones de africanos, americanos y asiáticos llegan a ella desafiando los aires y los mares.

¿Son ellos quienes nos están descubriendo ahora como nosotros los descubrimos antes? Como si se tratara de una nueva conquista del Oeste, Europa aparece a sus ojos como Eldorado, una sociedad de bienestar, donde la riqueza impera, con sus luces y sus sombras. Pero en Eldorado no es oro todo lo que reluce.

Los inmigrantes, jóvenes en su mayoría, llegan a la envejecida Europa y la encuentran dispuesta a ingresar en un asilo de ancianos, de los rotulados de modo delicado “Residencia de la tercera edad”, como si una larga vida de sinsabores y sus muchos partos la hubieran dejado exhausta.

Cuando se discutió la Constitución *non nata*, se debatió mucho quiénes somos y de dónde venimos. Curiosamente no sabemos tampoco adónde vamos, pero hemos emprendido el camino. Confiamos en que “buscar Europa es hacerla”. Esto explica que caminemos como alguien que se ha perdido en el monte: los avances van seguidos de retrocesos; los aciertos, de rectificaciones. Se ha dicho que la experiencia de las cumbres políticas demuestra que Europa avanza dando tres pasos adelante y dos atrás.

LOS VALORES

En la duda sobre la identidad europea se ha encendido históricamente una luz: los valores. ¿No son ellos los que definen una civilización? ¿Y qué mejor civilización que la europea, a la que nosotros consideramos, aunque de modo imprudente, la madre de todas las civilizaciones?

Si un valor es “aquello que merece la pena defender”, ¿cuáles son los valores que definen la identidad europea? En la lista de Todorov, el primer puesto lo ocupa la Racionalidad; el segundo, la Justicia; el tercero, la Democracia, todo un homenaje a nuestro pasado grecorromano.

Aunque a cualquiera de nosotros, que hemos sido espectadores del siglo xx, el progreso en estas materias podría parecernos muy limitado teniendo en cuenta las dos guerras mundiales surgidas en Europa y las dictaduras sucesivas, fascismo, nazismo y comunismo que han ocupado casi toda la centuria.

Un euroescéptico se preguntaría con sarcasmo qué es aquello que “merece la pena defender”. Algunos lo han hecho inquiriendo: “¿Daría usted la vida por Javier Solana? ¿La daría por Romano Prodi, o por el Parlamento de Estrasburgo o por los burócratas de Bruselas?”

Podría contestarse: no son las personas o los organismos, menos aún los edificios, lo importante en la Comunidad Europea, sino la identidad que ha hecho de Europa lo que es, escenario de libertad y de iguales posibilidades para sus ciudadanos.

En este aspecto sus valores serían herederos de aquellos que hace cinco siglos fueron el fundamento del humanismo renacentista, y si se quiere de los lemas —Libertad, Igualdad, Fraternidad— que presidieron la Revolución Francesa que, por tratar de imponerse a sangre y fuego, dijo Chesterton que se hizo “con ideas cristianas vueltas locas”.

El error al trasladar esta filosofía a la historia fue pensar que de la libertad nacería la igualdad, y que ella engendraría la fraternidad, cuando en

realidad es al revés: sólo la fraternidad, la consideración de que los hombres son hermanos, determina la igualdad esencial entre los seres humanos, y garantiza la libertad, ya que nadie entonces trata de imponerse sobre los demás faltándoles al respeto.

TRES HUMANISTAS

Los valores que fundamentan Europa hemos dicho que se abrieron paso durante el Renacimiento. ¿Por qué caminos?

Erasmus de Rotterdam, la más grande celebridad de su siglo, el abogado más elocuente del ideal humanista, pensaba que el camino era la Cultura. Contemplando la historia fratricida europea, puso su esperanza en que el hombre culto ya no se abandonaría a las pasiones salvajes, ya no se entregaría a la fuerza bruta, ya no sería irreflexivo.

Confiaría en el poder de sus argumentos, en la victoria de la razón sobre sus pasiones, todo lo cual le proyectaría a un nuevo escenario de comprensión y tolerancia, de fértil dinamismo creador del que derivaría, a la larga, la paz universal.

La historia ha demostrado que la extensión de la cultura no lleva necesariamente a la paz. Gutenberg no era la solución. Aunque la cultura sea apreciable y necesaria, no basta a las personas

para superar las tormentas y naufragios de la historia y alcanzar las playas de la fraternidad.

El mismo Erasmo padeció en sus carnes el rechazo a sus amables lecciones. Los estudiantes interrumpieron sus enseñanzas en Lovaina y derrumbaron su cátedra. Tampoco en Basilea, en la Suiza neutral, halló reposo. Después de prometerse no vivir más en una ciudad que se declare católica ni en ninguna que se declare reformada, se traslada a la austríaca Friburgo donde, a sus 60 años, contempla las trifulcas entre el Papa y Lutero y le da creciente pereza asistir al choque entre dos religiones cristianas.

No pudo evitar pronunciarse sobre Martín Lutero. El escritor Stefan Zweig relata con maestría el choque entre el gran humanista y el gran reformador, el fraile agustino cuyos férreos martillazos con los que clavó las 95 tesis en la puerta de la iglesia de Wittemberg resonarían en todo el imperio Alemán y pronto en toda Europa, a una velocidad impropia de su tiempo, “como si los recaderos hubieran sido los mismos ángeles”.

Dos colosos se enfrentan en el ring del pensamiento. Son dos figuras contrapuestas: un pacifista (Erasmo) y un colérico (Lutero), un moderado y un apasionado. Son dos escritores de genio capaces de hallar la palabra exacta y de tocar el resorte preciso para movilizar voluntades.

Se respetan en su duelo dialéctico para no herirse más de la cuenta. Cuando Erasmo publica su libro rebatiendo las tesis luteranas, el antiguo fraile comenta

con un lenguaje muy de su estilo: “Mientras con los demás libros me he limpiado el culo, éste de Erasmo sí lo he leído, pero con ganas de dejarlo para otro día.”

El humanista holandés no encontraba el descanso anhelado, pero peor suerte tuvieron otros protagonistas de su época. Zweig recuerda cuál fue su destino: “Hus, asfixiado por el humo de las llamas; Savonarola, en Florencia ardiendo en la hoguera; Servet arrojado al fuego por Calvino; Thomas Münzer; martirizado con unas tenazas al rojo vivo, John Knox; condenado a galeras; Tomás Moro y John Fisher, decapitados sobre el funesto tocón; Zwinglio; asesinado.”

Si Erasmo encontró algún descanso fue precisamente en casa de Tomás Moro, el gran humanista inglés, cuando le invitó a pasar una temporada en su casa de Londres. Las relaciones personales entre el holandés heterodoxo y el ortodoxo canciller británico se fortalecieron a raíz de aquella invitación. Erasmo aprovechó su viaje a lomos de cabalgadura para dar vueltas en su cabeza al próximo libro que escribiría ya en casa de Moro, a quien le dedicaría el prólogo, y que titularía *Elogio de la locura*. Con una ironía rayana en el sarcasmo censuraba la conducta de muchas personas constituidas en autoridad, sin dejar de lado a miembros de la jerarquía eclesiástica sumidos en corruptelas.

Moro tendrá que defender a su amigo en cuanto le llegaron las críticas, sin que pudiera descuidar su propia defensa, porque también a él le llovieron tras publicar casi al mismo tiempo *Utopía*. Si el *Elogio de la*

locura le permite decir a Erasmo lo que no se atrevía a poner en boca de cuerdos, Tomás Moro inventa una isla remota —Utopía— en la que una sociedad que se rige sólo por la ley natural, pues no conoce otra, se comporta mejor que la aburguesada sociedad cristiana, justamente porque la corrupción de lo óptimo es pésimo.

Los habitantes de la nueva Barataria manifiestan entre ellos un nivel de solidaridad admirable, eliminan la propiedad privada y atienden a cada uno según sus necesidades, un eco de cómo vivían los primeros cristianos, una fábula que Marx y Engels estudiaron con atención por si podían valerse de ella.

Lutero, Erasmo y Moro compartieron una época en la que un Papa, Julio II, usó por primera vez la palabra Europa (fue en 1458) para designar el conjunto de reinos cristianos atenazados en Oriente y Occidente por el Islam.

Los tres fueron humanistas, creyeron en el espíritu humano más que en la nación, en los ideales del espíritu capaces de atravesar fronteras. Erasmo es quien va más lejos de los tres: “Todo el mundo es una patria común” —dice— y, refiriéndose a las frecuentes hostilidades entre franceses, ingleses y alemanes, exclama: “¿Por qué nos dividen todos estos nombres extravagantes, si nos une el nombre de Jesucristo?”

ESTADOS UNIDOS DE EUROPA

Pasan los siglos y continúa la búsqueda de Europa como marco común de una civilización. No faltan las aspiraciones y las profecías. Montesquieu dijo en 1426: “Las cosas son de tal modo en Europa que los estados dependen unos de otros. Francia necesita de la opulencia de Polonia y Moscovia, como la Guyana necesita la Bretaña y Bretaña a Anjou. Europa es un Estado compuesto de numerosas provincias.”

Rousseau dice que Europa es “algo más que una colección de pueblos”. Leibnitz pide para ella “una cierta soberanía suprema”. William Penn escribe un ensayo sobre “la paz presente y futura de Europa” y George Washington anuncia: “Un día, sobre el modelo de los Estados Unidos de América, se construirán los Estados Unidos de Europa”, expresión que utiliza también Victor Hugo y, de algún modo, Metternich cuando clama: “Europa ha tomado para mí el valor de una patria.”

En el siglo XIX Bismarck y Disraelí se olvidan de la poesía y juegan sus influencias sobre el mapa europeo, y en el siglo XX las dos guerras mundiales imposibilitan durante la primera mitad de la centuria que la unidad europea sea algo más que una quimera.

Sin embargo, en los veinte años del período de entreguerras se siembra la simiente que fructificará más tarde. La voz que obtiene mayor repercusión es la de un austríaco que ha caído en un injusto olvido, quizá ayudado por la dificultad de pronunciar su nombre: Richard Coudenhove-Kalergi que, en 1922, publica

un manifiesto paneuropeo en el que aboga por la creación de una industria siderúrgica que ponga en común los recursos de Francia y Alemania, la idea que posteriormente, con Monnet y Schuman, tomará cuerpo y se convertirá en la Comunidad Europea del Carbón y el Acero.

Gracias a sus esfuerzos se funda la revista *PanEuropa* y se convoca en Viena el primer congreso de la Unión Panaeuropea en 1926 en la que cobra protagonismo el ministro del Exterior francés Aristide Briand, que encuentra en su colega alemán Gustav Stresemann un interlocutor válido. Ambos se esfuerzan por superar los problemas de fronteras entre Francia y Alemania y son reconocidos con el Nobel de la Paz. Pero no podrán culminar su tarea. Su muerte, junto con la crisis financiera derivada del crack de la Bolsa de 1929 y el ascenso del fascismo y el nazismo al poder en Italia y Alemania, hacen imposible superar los nacionalismos y preparan el terreno para la nueva gran conflagración.

Habrá que esperar al fin de la guerra, a que las economías europeas restañen sus heridas con ayuda del Plan Marshall y a que surja un nuevo florecimiento de europeístas para que la idea de unificación entre los Estados continúe su andadura. Un hito histórico lo constituirá la fundación de la CECA en 1950 y la culminación del proceso llegará con la creación de la Comunidad Económica Europea en el Tratado de Roma, el 25 de marzo de 1957. El más viejo de los firmantes era el alemán Konrad Adenauer y nadie tenía más experiencia que él de lo que supone vivir una existencia agitada.